las oraciones y los auxilios de la Santa Madre Iglesia, en cuyo seno he vivido, y en cuyo seno quiero morir, esperaré con resignacion y confianza el momento que separará mi alma del cuerpo, para reunirme por toda la eternidad con el principio de mi existencia, con el término de mi bienaventuranza.

Repetid con afecto las siguientes jaculatorias, y procurad que se os hagan familiares; sobre todo, no dejeis de decirlas antes de tomar el descanso de la noche.

Jesus, José, María,
Os doy el corazon y el alma mia.
Jesus, José, María,
Protegedme en mi última agonía.
Jesus, José, María,
Espire en paz con Vos el alma mia.

CONCLUSION.

Sed fiel en vuestros propósitos: no os espanten las dificultades: cuando se levante alguna tempestad, alzad los ojos al cielo y contemplad la feliz eternidad, que está ya preparada para los que perseveran hasta el fin.

¡Oh feliz eternidad! ¡cuándo brillarás para mí! ¿cuándo nos reuniremos de todos los ángulos de la tierra y nos presentaremos ante el trono de Jesus y

María, para alabar con un mismo corazon y con los mismos loores al Hijo y á la Madre, sin interrumpir nuestros cánticos por toda la eternidad?

Vivid felizmente en union con Dios, y rogad por mí.

NUMERO 2º

Consuelos del justo en la hora de la muerte.

—

MEDITACION.

I. El hombre ama naturalmente la vida, porque fué criado por Dios indestructible: el decreto de muerte hirió á todo el género humano despues del pecado: por eso el pensamiento de que la muerte está próxima, le aterra: la naturaleza se resiste á ese sacrificio y se llena de horror. Ese sentimiento de la naturaleza humana fué santificado por nuestro divino Redentor, cuando en Getsemaní padeció tristeza, temor, tedio y los dolores de la agonía á la vista de una muerte inminente. Pero el Señor, al humillarse por nuestro amor, y abajándose hasta nuestra fragilidad, nos enseñó cómo debiamos elevarnos por medio de una perfecta resignacion á la inescru-

table voluntad divina. *Non mea, sed tua voluntas fiat.*

Ese es el primer acto que santifica la muerte del cristiano y suaviza las penas de aquel terrible trance. Al anuncio de su próxima muerte levanta los ojos de la Fé hácia Dios su Criador. Todo cuanto tengo y poseo, dentro de mí y fuera de mí, el entendimiento, el corazon, los sentidos y los bienes de la naturaleza, todo, absolutamente todo, me viene de Dios, y todo esto me dió, no para que yo lo poseyera segun mi voluntad, sino para pedírmelo y reclamarlo cuando fuese su divino beneplácito. Me concedió la vida, como un camino que debia recorrer para llegar á la patria; como la medida de mi trabajo, despues del cual tengo derecho á recibir la recompensa; como una série de combates; y si salgo victorioso de ellos, he merecido la corona del triunfo. El anuncio de la muerte nos avisa, que la patria está vecina; que la recompensa está pronta; que la corona está preparada. Por eso el alma piadosa, al ver aquella patria porque tanto ha suspirado, aquella recompensa que tantos sudores le ha costado, aquella corona por la cual ha sostenido tantos combates, dice con generosidad: dispuesta estoy, oh Dios mio, á ofreceros todo cuanto es grato á mi corazon; todo lo sacrifico, tolo lo inmolo á vuestra santísima

voluntad. Me pongo á vuestras órdenes como una víctima voluntaria; doblego mi frente ante vuestros decretos. Si mi muerte viene acompañada de dolores largos y agudos, no cesaré de repetir: *fiat:* cúmplase tu santísima voluntad: os diré siempre con la mártir Santa Ines: *Flecto cervicem Deo victima.* Ofrezco mi vida, como una víctima que se ofrece al Señor.

II. La muerte es un sacrificio de resignacion á la voluntad de Dios; un sacrificio de expiacion ofrecido á la justicia divina.

Las almas santas desean la vida para aumentar las buenas obras y hacer penitencia por sus culpas pasadas; mas sucede con frecuencia, que cuanto mas se alarga la vida, tanto mas se aumentan las culpas y las deudas con la justicia divina. Pero el aceptar la muerte con una perfecta resignacion á la voluntad divina, y con espíritu de expiacion, es un acto de virtud de tanto mérito, que hace las almas agradables á los ojos de Dios; es un acto de penitencia que las purifica y libra de todas las penas que debian sufrir en la otra vida, por las culpas ya remitidas en el Sacramento de la Penitencia. Esta doctrina tan consoladora es de San Gregorio Magno.— Me atrevo á afirmar, que el cristiano que acepta con espíritu de resignacion la muerte, no tiene necesidad

de sacrificio expiatorio despues del sepulcro, y vuela de su lecho de dolor al ósculo de la Bondad divina.

Por esta razon, oh almas piadosas, al anuncio de vuestra próxima muerte, cuando conoceis que está ya próxima la disolucion del cuerpo que tantas veces fué instrumento de pecado, que tantas veces ofendió á vuestro Dios y á vuestro Padre, repetid con el corazon contrito: es justo que se destruya y aun se pierda la memoria de una criatura, que se atrevió á levantar su frente contra el Todopoderoso. Es justo que se apague para siempre la luz de estos ojos, que se complacieron en las vanidades del mundo. Es justo que enmudezca para siempre esta lengua, que tantas veces se desató contra el gobierno amable y sapientísimo de la Divina Providencia. Es justo que queden yertas estas manos, que sirvieron tantas veces de instrumento á la iniquidad. Es justo que se pudra y quede reducida á polvo esta carne, ídolo de mi vanidad, á la cual he sacrificado mi conciencia por un placer sucio é instantáneo.

Estos actos de perfecta resignacion contienen en sí el mérito de todas las penitencias de los solitarios, porque en éstas el hombre es el sacerdote y la víctima; en aquella es el mismo Dios el que hiere y mata, y el hombre es la víctima resignada. *Flecto cervicem Deo victima.*

III. Pero lo que principalmente suaviza la muerte del cristiano, es su union con la agonía y con la muerte del Redentor.

Jesucristo naciendo en un pesebre santificó el principio de nuestra vida. Viviendo con nosotros por espacio de treinta y tres años, nos dió ejemplos de todas las virtudes, y nos mereció las gracias necesarias para cumplir con todos nuestros deberes domésticos y sociales: sufriendo tantas calumnias en su honor, tanta ingratitud de parte de sus mismos amigos, tanta infidelidad del pueblo escogido, padeciendo tantos tormentos en su carne inmaculada, nos enseñó á sufrir con paciencia, con silencio y alegría, y santificó todos los padecimientos de la vida humana, sufriéndolos todos en su santa vida. En la agonía de la cruz y en el último suspiro que separó su bendita alma del cuerpo, santificó nuestra agonía y nuestra muerte, y nos obtuvo la gracia de morir por El, con El y como El.

Dirijamos, pues, nuestra vista al Calvario, á la cruz; oigamos sus últimas palabras, porque son lecciones de fortaleza, de esperanza y de consuelo para los moribundos.

LA TENTACION.

Jesucristo quiso padecer tentaciones del demonio en el desierto, para enseñarnos el modo de combatir á nuestro enemigo; y venciéndole, nos mereció la gracia, con la cual podemos tambien nosotros obtener la victoria en nuestras luchas interiores.—El demonio se retiró, pero fué para volver á la carga, y eligió las últimas horas de la vida del Redentor clavado en la cruz, para atacarle con mas furor, y se valió de la lengua de los judíos para insultarle, para blasfemar de su santo nombre, para escitarle á que bajara de la cruz y declarase con milagros su divinidad. Procuró entonces emplear todas sus fuerzas, para vencer la firmeza y constancia del divino Paciente; pero fueron vanos todos sus esfuerzos, y el Salvador en aquel último combate tuvo presentes las últimas pruebas y angustias de sus miembros, los hijos de la Iglesia Católica, unidos con El por la gracia santificante, los cuales, á imitacion de su Redentor, habian de ser tentados por el demonio, furioso de ver que se le escapaba la presa irreparablemente: y el Redentor no solo quebrantó las fuerzas del enemigo, y le venció en su nombre, sino aun en nombre de sus hijos, y así se completó la victoria con que sujetó al dragon infernal, que quedó impo-

tente para dañar á los escogidos: *expolians*, dice el apóstol San Pablo, *principatus et potestates traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso.* «Jesucristo, cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, quitola de en medio enclavándola en la cruz, despojando con esto á los principados y potestades infernales... triunfando de ellos en su propia persona, por su pasion y muerte.» (Col. II. 15.)

El demonio, por tanto, nos puede muy bien tentar en nuestros últimos momentos, como tentó á nuestro Gefe; pero hallándose sin armas y privado de toda fuerza para hacernos daño, sus esfuerzos, sus amenazas, su rabia, son vanas sombras y humo que se disipa, cuando el alma se vuelve hácia Jesucristo, que triunfa en la cruz de todo el infierno.

LA AGONIA.

Jesucristo en la cruz no solo venció al infierno y satisfizo á la Justicia Divina por nuestros pecados; llenó, ademas, todos los deberes que tendremos que cumplir nosotros en la hora de la muerte, para que el sacrificio de nuestra vida sea acepto y agradable á los ojos de Dios. ¡Ah! ¡Qué consolador es este pensamiento! Jesucristo en su agonía tuvo presente mi propia agonía; y con la prevision de que mi

entendimiento ofuscado, mi corazon lastimado, mi cuerpo quebrantado por el dolor, no me permitirian dirigirme á Dios con un sublime movimiento de fé, de resignacion, de arrepentimiento y de amor, El ofreció por mí en aquel triste momento á su Eterno Padre, su resignacion, su dolor y su amor.

La resignacion de Jesucristo es por consiguiente mi resignacion; su dolor es mi arrepentimiento; su amor es mi amor, y para tener parte en esta feliz union, basta que mi alma se halle en estado de gracia. Y así, si la muerte me sorprende de improviso, pero en estado de gracia, ya hizo Jesucristo por mí en la cruz todos los actos de virtud que yo debia hacer para prepararme á una santa muerte. Si la enfermedad me priva de mis sentidos, si no puedo articular ninguna oracion, ¡ah! ¿qué consuelo será para mí, saber que Jesucristo ofreció por mí su oracion, y que El entregó mi espíritu en manos de su Eterno Padre? este es el sublime sentido de aquellas palabras que Jesucristo profirió en la cruz: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* Nuestro Divino Salvador acogió en su corazon á todas las almas redimidas con su preciosa sangre, y las dejó consignadas á su Eterno Padre. Solo las almas endurecidas en la malicia del pecado, y que quieren perseverar hasta el último instante en la enemistad

de Dios, solo esas almas desgraciadas fueron escluidas de su corazon y de sus ardientes ruegos.

Si la enfermedad es de tal naturaleza, que me deja libre el uso de mi entendimiento, de mi corazon y de mi lengua, yo me dirigiré al *Autor y Consumador de mi fé*, y le ofreceré el sacrificio de mi vida, en union del sacrificio de la cruz. Mi corazon se lanzará con actos de caridad ardiente hácia mi Redentor crucificado, y mi lengua repetirá con frecuencia: *Jesus mio, misericordia.* ¡Ah! qué felices seremos, si nuestro último suspiro es un acto de amor perfecto!—Ni debe creerse, que sea una cosa muy dificil obtener esta gracia. Jesucristo reveló á Santa Gertrudis, que una de las gracias que el Señor otorga á los que han procurado vivir cristianamente, es que en el último combate ilumina el entendimiento con un rayo de luz que dá á conocer la Eterna Belleza, y enciende el corazon con tal afecto de amor, que el cristiano se eleva sin esfuerzo á un acto de contricion perfecta: y encargó ademas á la Santa, que diese á conocer á todos esta inefable misericordia, para que se llenen de aliento los moribundos, que se estremecen á la proximidad del Juicio divino.

LA MUERTE.

No hay en el mundo cosa mas grande que Jesucristo, ni en Jesucristo hay cosa mas grande que su sacrificio; y en este augusto sacrificio nada hay tan sublime, como aquel precioso momento en que reclinando su cabeza sobre su pecho, dió licencia á la muerte de separar su alma de su cuerpo, y se ofreció á su Eterno Padre, como víctima de propiciacion. En aquel instante se consumó aquella oblacion, fatal al infierno, gloriosa á Dios, principio de vida para la Iglesia, que recibió la vida de aquella muerte.

Por el valor infinito de esa oblacion, el último suspiro de los hijos de la Iglesia recibe el mérito de un sacrificio perfecto, que se ofrece al Dios de toda Majestad. Esta es doctrina del apóstol San Pablo: «*in qua voluntate sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu-Christi semel..... Una enim oblatione consummavit in sempiternum sanctificatos.* Con esta voluntad (de Jesucristo) somos santificados por la oblacion del cuerpo del mismo Jesucristo, hecha una vez sola..... Porque con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado.» (Heb. X. 10. 14.) Lo que quiere decir, que el sacrificio de Jesucristo en la cruz se identifica con el sacrificio de la vida de todos los cristianos, y por esa mística

union, lo finito queda realzado por lo infinito, la miseria es vencida por la grandeza, la culpa aniquilada por la santidad de aquel Cordero sin mancilla, que desde el principio del mundo se inmoló por la salvacion de todo el género humano.

Para ejercer ese acto de amor inefable para con la criatura redimida, el gran Pontífice de la nueva ley entra por última vez en el templo; es decir, en el cuerpo y en el alma del cristiano; entra por medio del Santísimo Viático como víctima y como sacerdote; *como víctima*, renueva en el corazon del moribundo el sacrificio del Calvario; *como sacerdote*, se hace medianero para con su Padre celestial, y toma por su cuenta la causa de nuestra salvacion, y ofrece su sangre y su propia muerte para asegurarnos nuestra eterna predestinacion. Este es el momento mas precioso, porque en él, Jesucristo como gefe y cabeza de todos los fieles, toma posesion de una víctima que ya es propiedad suya, y se sirve de la última enfermedad, como de una espada para sacrificar la víctima. De esta manera el moribundo, uniéndose con Jesucristo, no solo por el Sacramento que recibe en su cuerpo, sino tambien por el espíritu y por los afectos de su corazon, y adorando y aceptando con humilde resignacion los decretos del Sumo Sacerdote, se hace juntamente con El, sacerdote que inmola

su propia existencia al Supremo Autor de la vida. A este último acto iban dirigidos los Sacramentos, las gracias y el gobierno de la Divina Providencia en la conducta individual de cada uno de los cristianos. Ese acto compendia todos los méritos de la vida, y corona todas las buenas acciones. Ese acto nos asegura la eterna posesion de Dios.

¡Oh muerte! ¡oh muerte! A los ojos de los que tienen fé, tú no eres en realidad una separacion violenta, sino un tránsito glorioso; tú eres el arco triunfal, por el cual entra en el cielo el cristiano victorioso, para recibir la corona debida á sus largos combates.

¡Oh Dios mio! no sé cuando sonará mi última hora, cuando se apagará la luz de mis ojos, cuando quedará muda esta lengua que anunció vuestra palabra, cuando estará yerto este corazon que palpitó por la salvacion de las almas. Mis pecados me hacen temblar; el temor de la muerte me conturba. En tus manos, oh Dios de mi corazon, dejo mi suerte; en los brazos de tu infinita misericordia me arrojo con una confianza sin límites, y desde este momento yo acepto la muerte, como un sacrificio ofrecido al supremo dominio que Tú tienes sobre mi vida. De Tí recibí la existencia, á Tí la consagro, y acepto la muerte como un sacrifiuio de expiacion por tantas

infidelidades é ingratitudes. Bien merece ser destruido un cuerpo, que tanto ofendió la santidad de Dios.

Pero este sacrificio es indigno de comparecer ante los ojos de la Santidad Infinita; por eso yo le uno y ofrezco juntamente con el sacrificio, con que mi Divino Redentor se inmoló por mi amor en la cruz; uno mis tormentos á sus tormentos, mis penas á sus penas, mi último suspiro al último suspiro de mi Divino Redentor, y deseo ardientemente, que el último latido de mi corazon vaya acompañado de un acto de amor perfecto á mi Dios y mi Padre, á Jesucristo mi Redentor. Me anima la esperanza de conseguirlo, porque me hallo lavado con la sangre de un Dios; porque sé que soy hijo de María, á la cual Jesucristo en su última agonía recomendó mi salvacion.

¡Oh María! que en un abismo de dolores estuvisteis presente á la agonía de vuestro divino Hijo, espero tendreis la dignacion de asistirme en mi última agonía. Tambien yo soy hijo vuestro, hijo de vuestro dolor. Por vuestra intercesion, oh Madre, hallé á Jesucristo, que en los dias de mi destierro perdí tantas veces por mi culpa; por Vos le hallaré lleno de misericordia en el último término de mi vida; por Vos he amado en la tierra á Jesucristo crucificado; por Vos le amaré glorificado en el cielo, y bendeci-

ré por toda la eternidad las misericordias del Hijo y de la Madre.

In Te Domine speravi, non confundar in æternum.

Jaculatorias que pueden repetirse con frecuencia en vida, para tenerlas presentes en la última enfermedad.

Jesus mio, misericordia.

Jesus de mi corazon, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.

Jesus mio, con Vos quiero vivir en la cruz, con Vos quiero morir en la cruz.

Jesus mio, dentro de vuestro Corazon quiero vivir, dentro de vuestro Corazon quiero morir.

Jesus mio, quiero ser todo vuestro, y siempre vuestro.

NUMERO 3º

Retiro mensual para prepararse á una Santa muerte, segun lo practican las alumnas del Conservatorio de S. Francisco de Sales, y que puede ser útil á todas las personas que desean morir santamente: publicado por un devoto del mismo Santo.

INSTRUCCION SOBRE EL MÉTODO QUE DEBE OBSERVARSE.

La que haya sido designada para hacer el dia de retiro, segun lo prescriben las constituciones, se preparará en el dia precedente del modo que sigue:

En primer lugar arreglará todos sus negocios de manera, que no quede pendiente ningun asunto (en cuanto sea posible,) que la obligue á interrumpir tan santo ejercicio, que pide suma paz y tranquilidad.

Hará despues la lectura que se señale para el dia que precede al retiro. Tendrá especial cuidado en hacer una buena confesion, como si se hallase en punto de muerte: descubriendo al confesor todo su corazon, para que su director vea su alma como se ve á sí misma.

Despues de la confesion, hará una visita al Santísimo Sacramento, ofreciendo al Señor todo el resto del dia, y pidiendo la gracia de sacar mucho fruto del santo retiro.